

## EL ARSENAL.—ENRIQUE IV.—FRAGATA QUE SALE PARA AMÉRICA.

Venecia setiembre de 1835.

Después de mi descubrimiento de las prisiones en donde el Austria material procura ahogar las inteligencias italianas, fui al arsenal. Ninguna monarquía, por poderosa que sea ó haya sido, ha ofrecido un museo náutico semejante.

Un espacio inmenso, cercado por muros alineados, contiene cuatro recipientes para los buques de alto bordo, canteras para construir esos buques, establecimientos para lo que conviene á la marina militar y mercante, desde la fabricacion de cuerdas hasta la fundicion de cañones, desde el taller en que se elabora el remo de la góndola hasta el en que se labra la quilla de un buque de setenta y cuatro, desde las salas consagradas á las armas antiguas, conquistadas en Constantinopla, Chipre, Morea y Lepanto, hasta las salas donde están expuestas las armas modernas, mezclado todo de galerías, columnas y arquitecturas construidas y diseñadas por los primeros maestros.

En los arsenales de marina de España, Inglaterra, Francia y Holanda, se ve solo lo que tiene relacion con los objetos de esos arsenales: en Venecia se unen las artes á la industria. El monumento del almirante Emo se halla al lado del casco de un buque: á través de largos pórticos se ven filas de cañones. Los dos leones colosales del Pireo guardan la puerta del recipiente, de donde va á salir una fragata para un mundo que no conoció Atenas y que descubrió el genio de la Italia moderna. A pesar de estos hermosos restos de Neptuno, el arsenal no recuerda ya aquellos versos del Dante:

Qual nell' arzaná de Veneziani  
Bolle l'inverno la tenace pece  
A rimpalmar gli legni lor non sani  
Che navicar non ponno; e'n quella vece,  
Chi fa suo legno nuovo, é chi ristoppa  
Le coste é quel che piu viaggi fece.  
Chi rebatte da proda é chi da poppa  
Altri la remi ed altre volge sarte  
Chi terzerolo ed artimon rintoppa.

Todo ese movimiento ha concluido: el vacío de las tres cuartas partes y media del arsenal, los hornillos apagados, las calderas enmohecidas, las cuerdas sin tornos, las canteras sin constructores, atestiguan la misma muerte que ha herido á los palacios. En vez de la multitud de carpinteros, constructores de vela, marineros, calafates y grumetes, solo se ven hoy algunos galeotes que arrastran sus grillos; dos de ellos estaban comiendo sobre la recámara de un cañón: al menos en esa mesa de hierro podían pensar en la libertad.

Quando en otro tiempo remaban esos galeotes á bordo del *Bucentauro*, se les ponía sobre sus hombros marcados una túnica de púrpura para que pareciesen reyes hendiendo las aguas con remos dorados: los galeotes acompañaban su faena con el ruido de sus cadenas, como en Bengala en la fiesta de Durga las bayaderas, vestidas con gasa de oro, acompañan sus bailes con el sonido de los anillos que adornan sus cuellos, brazos y piernas. Los forzados venecianos casaban al dux con el mar, y renovaban ellos mismos con la esclavitud su union indisoluble.

De esas numerosas escuadras que conducian á los cruzados á las costas de Palestina, y prohibian á toda vela extranjera hincharse á los vientos del Adriático, queda un *Bucentauro* en miniatura, la lancha de Napoleon, una piragua de salvajes, y diseños de buques trazados con yeso sobre el encerado de los alumnos de guardias marinas.

Un francés que llegaba de Praga y aguardaba en Venecia á la madre de Enrique V no podía menos de conmoverse al ver en el arsenal de Venecia la armadura de Enrique IV. La espada que llevaba el Bearnés en la batalla de Ivry estaba unida á aquella armadura: esa espada falta hoy.

Por un decreto del gran consejo de Venecia de 3 de abril de 1600, se acordó que *Enrico di Borbone IV, re di Francia é di Navarra con li figliuoli é discendenti suoi sia annumerato ira i nobili di questo nostro maggior consiglio.*

De consiguiente Carlos X, Luis XIX y Enrique V, descendientes de *Enrico di Borbone*, son nobles de la república de Venecia, que ya no existe, como son reyes de Francia en Bohemia y canónigos de San Juan de Letran en Roma, en virtud de Enrique IV: yo los he representado en este último carácter: ellos han perdido su bonete y su muceta y yo mi embajada. Y sin embargo, ¡estaba yo tan bien en mi asiento de San Juan de Letran! ¡Qué hermosa iglesia! ¡Qué hermoso cielo! ¡Qué admirable música! Aquellos cánticos tienen mas duracion que mis grandezas y las de mi rey canónigo.

Mi gloria me ha molestado mucho en el arsenal, pues brilla sobre mi frente sin yo conocerlo; el feld-mariscal Pallucci, almirante y comandante general de marina, me reconoció en mis cuernos de fuego. Vino al punto, y me enseñó él mismo diferentes curiosidades; en seguida, disculpándose de no poderme acompañar por mas tiempo á causa de un consejo que tenia que presidir, me confió á un gefe superior.

Encontramos al capitán de la fragata que iba á marchar. Acercóse á mí sin cumplimiento, y me dijo con esa franqueza de marino que tanto me agrada: —«Señor vizconde (como si me hubiese conocido toda su vida; ¿queréis algo para América? —No, capitán: mucho tiempo hace que no la he visto.»

No puedo mirar un buque sin sentir ardientes deseos de marchar; si estuviese libre, el primer buque que marchara á las Indias tendria probabilidades de llevarme. ¡Cuánto he sentido no haber podido acompañar al capitán Parry á las regiones polares! Mi vida no está satisfecha sino en medio de las nubes y de los mares; siempre abrigo la esperanza de que desaparezca bajo una vela. Los pesados años que arrojan en las olas del tiempo no son áncoras, no detienen nuestro curso.

## CEMENTERIO DE SAN CRISTÓBAL.

Venecia, setiembre de 1835.

En el arsenal me hallaba cerca de la isla de San Cristóbal, que sirve hoy de cementerio. La isla contenia un convento de capuchinos: el convento fue derribado, y el sitio que ocupaba no es hoy mas que un cercado de forma cuadrada. Los sepulcros no están muy multiplicados, ó al menos no se elevan sobre el suelo, nivelado y cubierto de césped. Contra la pared del Oeste se ven arrimados cinco ó seis monumentos de piedra, y esparcidas por el recinto unas cruces pequeñas, de madera negra, con una fecha blanca: así se entierra hoy día á los venecianos, cuyos antepasados reposan en los mausoleos de los Frari y de

San Juan y San Pedro. La sociedad, ensanchándose, se ha rebajado: la democracia ha ganado la muerte.

A las orillas del cementerio, hácia Levante, se ven las sepulturas de los griegos cismáticos, y las de los protestantes, que están separadas entre sí por una pared, como lo están por otra de las inhumaciones católicas: tristes disensiones, cuya memoria se perpetúa en el asilo donde concluyen todas las rencillas. Contiguo al cementerio griego hay otro rincón que protege un agujero, en donde se arroja á los limbos á los niños que nacen muertos. ¡Dichosas criaturas, que habeis pasado de la noche de las entrañas maternas á la noche eterna sin haber pasado por la luz!

Al lado de ese agujero yacen huesos sembrados por el suelo como raíces, que salen al abrir los nuevos sepulcros: unos, mas antiguos, están blancos y secos; otros, recientemente desenterrados, amarillos y húmedos. Por entre aquellos restos corren lagartos, que se deslizan entre los dientes, al través de los ojos y narices, saliendo por la boca y las orejas de las cabezas, moradas ó nidos suyos. Tres ó cuatro mariposas revoloteaban por las flores de malvas entrelazadas con los huesos, imagen del alma bajo ese cielo que participa de aquel en que fue inventada la historia de Psychys. Un cráneo tenia todavía algunos cabellos del color de los mios. ¡Pobre anciano gondoleiro! ¿Has conducido al menos tu barca mejor que yo la mia?

Una fosa comun queda abierta en el recinto, y acababan de bajar á ella á un médico en medio de sus visitantes. Su negro féretro solo estaba cubierto de tierra por encima, y su costado desnudo aguardaba el costado de otro muerto para que lo calentase. Antonio habia depositado allí á su mujer hacia unos quince días, y el médico difunto era el que la habia despachado: Antonio bendecia á un Dios remunerador y vengador, y llevaba su mal con paciencia. Los féretros de los particulares son conducidos á aquel lúgubre bazar en góndolas particulares, y van seguidos de un cura en otra góndola. Como las góndolas parecen ataúdes, son adecuadas á la ceremonia. Una embarcacion mayor, ómnibus del Cocyto, hace el servicio de los hospitales. Así se hallan renovados los entierros del Egipto y las fábulas de Aqueronte y de su barca.

En el cementerio del lado de Venecia se eleva una capilla octógona consagrada á San Cristóbal. Este santo, cargándose sobre sus hombros un niño en el vado de un rio, encontró que pesaba mucho: el niño era el hijo de Maria, que sostiene el mundo en la mano: el cuadro del altar representa esta hermosa aventura.

Y yo tambien quise llevar á un niño rey, pero no habia advertido que dormia en su cuna con diez siglos: carga demasiado pesada para mis brazos.

Noté en la capilla un candelero de madera (la vela estaba apagada), una pila de agua bendita destinada á bendecir las sepulturas, y un librito: *Pars Ritualis romani pro usu ad exequianda corpora defunctorum*: cuando estamos ya olvidados, la religion, paciente inmortal é incansable, nos llora y nos sigue *exsequor fugam*. Una caja contenia un eslabon: solo Dios dispone de la chispa de la vida. A las hojas de dos de las tres puertas del edificio estaban pegados, por la parte interior, dos cuartetos, escritos en papel comun:

Quivi dell'uom le frali spoglie ascose  
Palida morte, ó passeggeri, t'addita, etc.

La única tumba algo notable del cementerio fue construida de antemano por una mujer, que tardó después diez y ocho años en morir: la inscripcion señala esta circunstancia; de modo que esa mujer esperó en vano por espacio de diez y ocho años su se-

pulcro. ¿Qué pesar alimentó en ella esa larga esperanza?

Sobre una pequeña cruz de madera negra se lee este otro epitafio: *Virginia Acerbi, d'anni 72, 1824. Morta nel bacio del Signore*. Los años son duros á una hermosa veneciana.

Antonio me dijo: —«Cuando esté lleno este cementerio le dejarán descansar, y se enterrará á los muertos en la isla de San Miguel de Murano.» La expresion era exacta: verificada la cosecha, se deja la tierra en barbecho, y se cavan surcos en otra parte.

## SAN MIGUEL DE MURANO.—MURANO.—LA MUJER Y EL NIÑO.—GONDOLeros.

Venecia, setiembre de 1835.

Fuimos á ver ese otro campo que aguarda al gran labrador. San Miguel de Murano es un risueño monasterio con una iglesia elegante, pórticos y un claustro blanco. Desde las ventanas del convento se ven por encima de los pórticos las lagunas y Venecia: un jardin lleno de flores va á unirse con el césped cuyo abono se está preparando aun bajo el cútis fresco de una jóven. Este encantador retiro está abandonado á franciscanos; mas adecuado seria para religiosas que cantasen como los niños de *scuole* de Rousseau. «¡Felices aquellas, dice Manzoni, que han tomado el velo santo antes de fijar sus ojos en la frente de un hombre!»

Os suplico que me deis ahí una celda para acabar mis *Memorias*. Fra Paolo está enterrado á la entrada de la iglesia: ese busca-ruidos debe estar muy furioso del silencio que le rodea.

Pellico, sentenciado á muerte, fue depositado en San Miguel antes de ser trasladado á la fortaleza de Spillberg. El presidente del tribunal, ante el que compareció Pellico, reemplaza al poeta en San Miguel, y está sepultado en el claustro: no saldrá él de esa prision.

No lejos de la tumba del magistrado está la de una mujer extranjera, casada á la edad de veinte y dos años, en el mes de enero: murió en el mes de febrero siguiente. No quiso pasar mas allá de la luna de miel: el epitafio dice: *Ci revedremo*. ¡Si fuese cierto!

¡A un lado esa duda; á un lado la idea de que ninguna angustia desgarrá á la nada! Ateo, cuando la muerte os hunda sus uñas en el corazon, ¿quién sabe si en el último momento de conocimiento, antes de la destruccion del yo, no sentireis un dolor atroz, capaz de llenar la eternidad, una inmensidad de padecimiento, de que el ser humano no puede formarse idea en los límites circunscritos del tiempo? ¡Oh, sí; *Ci revedremo!*

Hallábame muy cerea de la isla y de la ciudad de Murano para no visitar las manufacturas de donde vinieron á Combourg los espejos del cuarto de mi madre. No he visto esas manufacturas cerradas hoy día; pero hilaron delante de mí, como el tiempo hila nuestra frágil vida, un delgado cordon de cristal: de ese cristal estaba hecha la perla que cuelga de la nariz de la jóven Iroquesa del salto de Niagara: la mano de una veneciana habia pulido el adorno de una salvaje.

He encontrado cosa mas hermosa que Mila. Una mujer llevaba un niño fajado: la finura del cútis y el encanto de la mirada de aquella muranesa se han idealizado en mi memoria. Tenia el aire triste y ab-sorto. Si yo hubiese sido lord Byron, la ocasion era propicia para intentar la seduccion sobre la miseria: aqui se adelanta mucho con poco dinero. Luego me habria hecho el desesperado y el solitario á orilla de las aguas, embriagado con mi triunfo y con mi

genio. El amor me parece otra cosa: he perdido de vista á René hace muchos años; pero no sé si buscaba en sus placeres el secreto de su disgusto.

Todos los días, despues de mis excursiones, enviaba al correo, y no encontraba nada: el conde Grifio no me respondia de Florencia; los papeles públicos permitidos en aquel país de independencia no se habrian atrevido á decir que en el *Leon Blanco* se habia apeado un viajero. Venecia, en donde han nacido las gacetas, se halla reducida á leer el cartel en que se anuncia, una cosa despues de otra, la ópera del día y el punto donde está el Señor de manifiesto. Los Aldes no saldrán de sus sepulcros para abrazar en mi persona al defensor de la libertad de la prensa. Erame preciso, pues, aguardar. De vuelta á mi alojamiento me puse á comer, entreteniéndome con la sociedad de gondoleros, estacionada, como ya he dicho, bajo mi ventana á la entrada del gran canal.

Nunca abandona la alegría á aquellos hijos de Neero: vestidos del sol, el mar los alimenta. No están tumbados y desocupados como los lazzaroni de Nápoles: siempre en movimiento, son marineros á quienes falta buque y obra, pero que harian todavia el comercio del mundo y ganarian la batalla de Lepanto si no hubiese pasado el tiempo de la libertad y de la gloria veneciana.

A las seis de la mañana llegan á sus góndolas, que se hallan atadas á estacas, con la proa en tierra. Entónces principian á lavar y fregar sus *barchette* en los *Trignetti*, como los dragones almohazan, cepillan y lavan sus caballos. La revoltosa montura marina se agita y conmueve á los movimientos de su ginete, que coge agua en una vasija de madera y la derrama en sus costados y en el interior de la barquilla. Esta aspersion la renueva varias veces, teniendo cuidado de separar el agua de la superficie para coger mas abajo un agua mas pura. Luego restrega los remos, limpia los cobres y espejos del pequeño palacio negro, sacude los almohadones y alfombras, y bruñe el hierro tajante de la proa. Todas estas operaciones no las pueden hacer sin algunas palabras de enojo ó de ternura, dirigidas en el hermoso dialecto veneciano á la góndola rebelde ó dócil.

Despues de hecho el tocador á la góndola, pasa el gondolero á hacerse el suyo: se peina, sacude su chaqueta y su gorra azul, encarnada ó cenicienta, y se lava la cara, los piés y las manos. Su mujer, su hija ó su querida le trae en una hortería una mezcla de legumbres, pan y carne. Terminado el desayuno, cada gondolero aguarda cantando su fortuna: tiénela delante de sí con un pié en el aire, presentando su banda al viento y sirviendo de veleta en lo alto del monumento de la aduana de mar. ¿Llega á dar la señal? Entónces el gondolero favorecido, con el remo en alto, parte en pié sobre el extremo posterior de su barca, lo mismo que Aquiles volaba en otro tiempo ó que un escudero de Franconi galopa hoy á la grupa de un corcel. La góndola, en forma de patin, se desliza sobre el agua como sobre el hielo. ¡*Sia statti!* ¡*sta longo!* son las frases de todo el día. Luego llega la noche, y la calle verá á mi gondolero cantar y beber con la zitella el medio cequi que le dejo yendo seguramente á reponer á Enrique V en su trono.

Venecia, setiembre de 1833.

LOS BRETONES Y LOS VENECIANOS. — DESAYUNO EN EL MUELLE DE LOS ESCLAVONES. — LAS PRINCESAS EN TRIESTE.

Al despertarme, me puse á reflexionar por qué amaba tanto á Venecia, cuando recordé súbitamente que estaba en Bretaña: la voz de la sangre hablaba en mí. ¿No habia en tiempo de César en Armórica un país de los venetos, *civitas venetum*, *civitas vene-*

*tica*? ¿No ha dicho Strabon que se decia que los venetos descendian de los venetos gaulas?

Se ha sostenido contradictoriamente que los pescadores del Morbihan eran una colonia de los *pescatori* de Palestrina: Venecia seria la madre, y no la hija de Vannes. Puede arreglarse esto suponiendo (lo que por otra parte es muy probable) que Vannes y Venecia se han dado á luz mutuamente. De consiguiente miro á los venecianos como á bretones: los gondoleros y yo somos primos, y hemos salido del casco de la *Galia: cornu Gallie*.

Grandemente regocijado con esta idea, fui á desayunarme á un café en el muelle de los Esclavones. El pan era tierno; el te aromático, la crema como en Bretaña; la manteca como en el Prevalais, porque la manteca, gracias al progreso de las luces, ha mejorado en todas partes: la he tomado excelente en Granada. El movimiento de un puerto me encanta siempre: varios patrones de barco estaban almorzando á escote: unos vendedores de frutas y flores me ofrecian toronjas, uvas y ramos: varios pescadores preparaban sus tartanas: los alumnos de la marina, bajando en una chalupa, iban á dar lecciones de maniobra á bordo del buque almirante: varias góndolas conducian pasajeros al barco de vapor de Trieste. Ese Trieste fue, no obstante, el que estubo á punto de hacerme acuchillar en los escalones de las Tullerías por Bonaparte, como asi me amenazó cuando en 1807 me ocurrió escribir en *El Mercurio*.

«Nos estaba reservado hallar en el fondo del mar Adriático la tumba de dos hijas de reyes, cuya oracion fúnebre habiamos hecho pronunciar en un granero de Londres. ¡Ay! al menos la tumba que encierra á esas nobles señoras habrá visto interrumpido una vez su silencio: el ruido de los pasos de un francés habrá hecho estremecer á dos francesas en su féretro. Los respetos de un pobre noble en Versalles nada habrian sido para princesas: la oracion de un cristiano en tierra extranjera habrá sido quizá grata á unas santas.»

Me parece que ya hace algunos años que estoy sirviendo á los Borbones: ellos han ilustrado mi fidelidad, pero no llegarán á cansarla. Me desayuno en el muelle de los Esclavones, aguardando á la desterrada.

ROUSSEAU Y BYRON.

Venecia, setiembre de 1833.

Desde mi pequeña mesa vagan mis ojos por todas las radas: una brisa refresca la atmósfera: la marea sube, y llega un buque de tres palos. El Lido á un lado, el palacio del dux al otro, las lagunas en el centro: hé aquí el cuadro. De este puerto es de donde salieron tantas escuadras gloriosas: el anciano Dandolo partió de él en la pompa de la caballería de los mares, cuya descripción nos dejó Villehardouin, que principió nuestra lengua y nuestras memorias.

«Y luego que las naves estuvieron cargadas de armas, y de carnes, y de caballeros y sargentos, y los escudos fueron colocados alrededor de los costados y en los obenques de las naves, y las banderas, de las que habia muchas tan hermosas. Nunca salieron escuadras mas brillantes de ningun puerto.»

Mi escena de la mañana en Venecia me hace recordar la historia del capitán Olivet y de Zulieta, tan bien referida:

«Llega la góndola, dice Rousseau, y veo salir á una jóven deslumbradora, graciosamente vestida y muy ágil, que en tres saltos se puso en el cuarto, y

la ví instalada á mi lado antes de echar yo de ver que habian puesto un cubierto: era tan encantadora como viva: una morenita de unos veinte años á lo mas. No hablaba mas que italiano: su acento solo habria bastado para volverme el juicio. Comiendo y hablando me mira; se fija en mí un momento, y exclamando: — «¡Virgen santa, mi querido Bremond; cuánto tiempo hace que no te he visto!» se arroja en mis brazos, pega su boca á la mia, y me estrecha hasta sofocarme. Sus hermosos ojos negros orientales lanzaban contra mi corazon dardos de fuego, y aunque la sorpresa me distrajo algo en un principio, la voluptuosidad se apoderó de mí con gran rapidez.

..... Ella me dijo que me asemejaba, hasta el punto de equivocarme con él, á Mr. de Bremond, director de aduanas de Toscana; que habia estado ciegamente enamorada de ese *monsieur* de Bremond; que lo estaba todavia; que le habia abandonado porque era una tonta; que me tomaba en lugar suyo; que queria amarme porque asi le convenia; que por la misma razon era preciso que yo la amase en tanto que á ella le placiese, y que cuando me dejara plantado, lo llevase con paciencia, como habia hecho su querido Bremond. Como se dijo se hizo.

..... Por la tarde la volvimos á conducir á su casa. Mientras estábamos hablando, ví dos pistolas sobre su tocador: — «¡Oh! ¡oh! exclamé tomando una: hé aquí una caja de lunares de nueva fábrica, ¿puede saberse cuál es su uso?»

«La jóven me dijo, con una altiva ingenuidad que la hacia mas encantadora aun: — «Cuando concedo favores á personas á quienes no amo, les hago pagar el fastidio que me causan: nada hay mas justo; pero al sufrir sus caricias no quiero sufrir sus insultos, y no quedará sin pagármelo el primero que me falte.»

«Al separarme de ella tomé la hora para el día siguiente. No le hice aguardar. Encontréla en *vestido de confianza*, en un traje de mañana mas que galante, que solo se conoce en los países meridionales, y que no me entretendré en describir, aunque lo recuerdo muy bien... No tenia yo idea de los placeres que me aguardaban. He hablado de Mad. de L... en los trasportes que su recuerdo me causa algunas veces; pero ¡qué vieja, fea y fria era al lado de mi Zulieta! No trateis de imaginaros las gracias y hechizos de esta muchacha encantadora, pues quedaríais muy lejos de la verdad: las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las bellezas del serallo menos vivas, las hurís del paraíso menos incitantes.»

Esta aventura terminó por un capricho de Rousseau y la frase Zulieta: *Lascia le donne é studia la matematica*.

Lord Byron consagraba tambien su vida á Venus pagadas, y llenó el palacio de Mocénigo de esas bellezas venecianas, *refugiadas*, segun él, bajo los *fazzioli*. Algunas veces, turbado por la vergüenza, huía y pasaba la noche sobre las aguas de su góndola. Tenia por sultana favorita á Margherita Cogni, llamada del estado de su marido *la Fornarina*: «Morena, alta (es lord Byron el que habla), cabeza veneciana, ojos negros hermosísimos y veinte y dos años. Un día de otoño, yendo al Lido... fuimos sorprendidos por una borrasca... A la vuelta, despues de una lucha terrible, hallé á Margherita al aire libre en los escalones del palacio Mocénigo, á orillas del gran canal: sus ojos negros brillaban al través de sus lágrimas: sus largos cabellos de ébano, desprendidos y empapados por la lluvia, cubrian sus cejas y su seno. Expuesta enteramente á la tempestad, el viento que

se precipitaba bajo sus vestidos y su cabellera los arrollaba alrededor de su talle esbelto; el relámpago serpenteaba sobre su cabeza y las olas bramaban á sus piés: tenia todo el aspecto de una Medea bajada de su carro, ó de una sibila que conjuraba la tempestad que bramaba en torno suyo: única cosa con vida al alcance de la voz en aquel momento, á excepcion de nosotros mismos. Viéndome sano y salvo, no me aguardó para felicitarme, sino que empezó á gritar de lejos: — «¡Ah! ¡*Can della Madonna!* ¡*Dunque sta al tempo per andar al Lido!*» «¡Oh, perro de la Virgen! ¿Es tiempo este para ir al Lido?»

En estas dos descripciones de Rousseau y de Byron se conoce la diferencia de la posicion social, de la educacion y del carácter de los dos hombres. Al través del encanto del estilo del autor de *Las Confesiones*, se trasluce algo de vulgar, de cinico, de mal tono, de mal gusto; la obscenidad de expresion particular á aquella época echa á perder todavia el cuadro. Zulieta es superior á su amante en elevacion de sentimientos y en elegancia de maneras; es casi una gran dama enamorada del secretario íntimo de un embajador mezquino. La misma inferioridad vuelve á hallarse cuando Rousseau se concierta con su amigo Carrio para mantener á partir gastos á una niña de once años, cuyos favores, ó mas bien cuyas lágrimas, debian compartir.

Lord Byron es de otro género, y deja conocer las costumbres y la fatuidad de la aristocracia: par de la Gran-Bretaña, y burlándose de la muchacha del pueblo, á quien seduce, la eleva hasta él con sus caricias y con la magia de su talento. Byron llegó rico y afamado á Venecia. Rousseau desembarcó pobre y desconocido: todo el mundo conoce el palacio que divulgó los errores del heredero noble del célebre conmodoro inglés: ningun cicerone podria indicar la morada en donde ocultó sus placeres el hijo plebeyo del oscuro relojero de Ginebra. Rousseau no habla siquiera de Venecia: parece que habitó en ella sin haberla visto: Byron la ha cantado admirablemente.

Ya se ha visto en estas *Memorias* lo que he dicho de las relaciones de imaginacion y destino que parecen haber existido entre el historiador de René y el poeta de *Childe-Harold*. Aquí vuelvo á señalar uno de esos puntos de contacto tan lisonjeros á mi orgullo. La morena Fornarina de lord Byron, ¿no tiene cierto aire de familia con la rubia Velleda de los *Mártires*, su hermana mayor?

«Oculto entre las rocas, aguardé algun tiempo sin ver aparecer nada. De repente hirieron mi oído unos sonidos que me trajó el viento de en medio del lago. Escucho, y distingo los acentos de una voz humana; al mismo tiempo descubro un esquife suspendido en la cima de una ola: vuelve á bajar, desaparece entre dos olas, y luego vuelve á aparecer sobre la cima de otra mas cercana á la costa. Una mujer lo conducia, que cantaba luchando contra la tempestad, y parecia burlarse de los vientos; habriase dicho que estaban bajo su dominio, segun parecia arrostrarlos. Veíala arrojar sucesivamente al lago, en sacrificio, piezas de tela, lana, panes de cera y pedazos de oro y plata.

«Pronto llega á la orilla, salta á tierra, ata su barquilla al tronco de un sauce, y se interna en el bosque, apoyándose en el remo de álamo que llevaba en la mano. Pasó junto á mí sin verme. Era de elevada estatura; una túnica negra, corta y sin mangas servia apenas para cubrir su desnudez. Llevaba una guadaña de oro colgada de otra guadaña de bronce, é iba coronada con un ramo de encina. La blancura de sus brazos y de su tez, sus ojos azules, sus labios de rosa, sus largos cabellos blondos que flotaban esparcidos, anunciaban á la hija de los gaulas, y contrastaban

por su dulzura con su andar altivo y salvaje. Cantaba con voz melodiosa palabras terribles, y su seno descubierta se levantaba y bajaba como la espuma de las olas.»

Me avergonzaria de presentarme entre Byron y Juan Jacobo, sin saber lo que seré en la posteridad, si estas *Memorias* debiesen ver la luz pública viviendo yo; pero cuando lleguen á aparecer habré ya pasado, y para siempre, igualmente que mis ilustres predecesores, á la extranjera playa: mi sombra será entregada al soplo de la opinion, vano y ligero como lo poco que quedará de mis cenizas.

Rousseau y Byron han tenido en Venecia un punto de semejanza: á ninguno de los dos causaron sensacion las artes. Rousseau, dotado maravillosamente para la música, ni siquiera parece saber que existen cerca de Zúlietta cuadros, estatuas, monumentos; y sin embargo, ¡con qué encanto se enlazan esas obras maestras al amor, cuyo objeto divinizan y cuya llama aumentan! En cuanto á lord Byron, *aborrece el infernal brillo* de los colores de Rubens, *escupe á todos los asuntos de santos* de que están atestadas las iglesias; nunca ha hallado cuadro ni estatua que se acerque en una legua á su pensamiento, y prefiere á esas artes impostoras la belleza de algunas montañas, de algunos mares, de algunos caballos, de cierto leon de Morea, y de un tigre á quien vió comer en *Exeter-Change*. ¡No habrá en todo eso algo de obstinado orgullo!

«¡Cuánta afectacion y cuánta baladronada!

GRANDES GENIOS INSPIRADOS POR VENECIA.—ANTIGUAS Y NUEVAS CORTESANAS.—ROUSSEAU Y BYRON DESGRACIADOS.

Venecia, setiembre de 1853.

¿Pero qué ciudad es esa donde se han dado cita las mas elevadas inteligencias? Unas la han visitado ellas mismas, otras han enviado á ellas sus musas: habria faltado algo á la inmortalidad de esos ingenios si no hubiesen colgado cuadros en aquel templo del placer y de la gloria. Sin hacer mencion de los grandes poetas de la Italia, los genios de la Europa entera colocaron allí sus creaciones: allí respira esa *Desdémona* de Shakspeare, bien diferente de la *Zúlietta* de Rousseau y de la *Margheritta* de Byron, esa púdica veneciana que declara su ternura á Otelo: «Si teneis un amigo que me ame, enseñadle á referir vuestra historia: eso me colmará de amor hacia él.» Allí aparece aquella *Belvedera* de Oswai, que dice á Jaffier:

«¡Ay! sonrieme como cuando nuestros amores estaban en su primavera. . . . .  
Conduceme á algun desierto, vasto, agreste, estéril como nuestras desgracias, en donde mi alma pueda respirar, en donde pueda yo decir á gritos á los altos cielos y á los astros que escuchan de qué infinitas riquezas está cargado mi seno, en donde pueda enlazar mis brazos impacientes alrededor de tu cuello, abrir paso al amor en besos que enciendan la alegría, y dejar marchar todo el fuego que arde en mi corazón.»

Gœthe, en nuestro tiempo, ha celebrado á Venecia, y el gentil Marot, que fue primero en hacer oír su voz al despertarse las musas francesas, se refugió en los hogares del Ticiano. Montesquieu escribia: «Puede uno haber visto todas las ciudades del mundo, y quedar sorprendido al llegar á Venecia.»

Cuando en un cuadro sobrado desnudo representa el autor de las *Cartas persas* á una musulmana aban-

donada en el paraíso á dos *hombres divinos*, ¿no parece haber descrito la cortesana de las *Confesiones* de Rousseau y la de las *Memorias* de Byron? ¿No estaba yo entre mis dos florideñas, como Anais entre sus dos ángeles? Pero las *muchachas pintadas* y yo no éramos inmortales.

Mad. de Stael entrega Venecia á la inspiracion de Corina: esta escucha el estampido del cañon, que anuncia el oscuro sacrificio de una jóven... Consejo solemne que una mujer resignada da á las mujeres que luchan todavía contra el destino... Corina sube á lo alto de la torre de San Marcos, contempla la ciudad y las olas, vuelve los ojos hacia *las nubes del lado de la Grecia*: «De noche no se ve mas que el reflejo de los faroles que iluminan las góndolas: sombras que se deslizan sobre el agua guiadas por una pequeña estrella.» Oswald marcha: Corina se precipita para llamarle. «Una lluvia terrible principiaba entonces, y se hacia sentir un viento fuertísimo. Corina baja á la orilla del canal. La noche era tan oscura, que no habia una sola barca: Corina llamaba á la ventura á los barqueros, que tomaban sus gritos por gritos de congoja de infelices que se ahogaban durante la tempestad, y sin embargo, nadie osaba acercarse: tan temibles eran las ondas agitadas del gran canal.»

Hé aquí de nuevo á la *Margheritta* de lord Byron. Siento un placer indecible en volver á ver las obras célebres de aquellos grandes maestros en el sitio mismo para el cual fueron hechas. Respiro á placer en medio de la tropa inmortal, como un humilde viajero admitido en los hogares hospitalarios de una rica y hermosa familia.

LLEGADA DE MAD. DE BAUFFREMONT Á VENECIA.—EL CATAJO.—EL DUQUE DE MÓDENA.—SEPOLCRO DE PETRARCA EN ARQUA.—TIERRA DE POETAS.

De Venecia á Ferrara, del 16 al 17 de setiembre de 1853.

Inmenso era el intervalo entre esos ensueños y las verdades á que volvía al presentarme en casa de la princesa de Bauffremont: érame preciso saltar desde 1806, cuyo recuerdo venia á presentarme á mí imaginacion á 1833, al punto donde me hallaba en realidad: Marco Polo cayó de la China en Venecia precisamente despues de una ausencia de veinte y siete años.

Mad. de Bauffremont lleva dignisimamente en su semblante y en sus maneras el nombre de Montmorency: hubiera podido muy bien, como aquella Carlota, madre del gran conde y de la duquesa de Longueville, ser amada de Enrique IV. La princesa me dijo que la duquesa de Berry me habia escrito de Pisa una carta que yo no habia recibido. S. A. R. llegaba á Ferrara, donde me esperaba.

Costábame mucho abandonar mi retiro: necesitaba ocho dias mas para mi revista: sentia sobre todo no poder poner término á la aventura de Zauza (1): pero mi tiempo pertenecia á la madre de Enrique V, y siempre, cuando estoy en camino, ocurre un incidente que me lanza por otra senda.

Marché, dejando mi equipaje en la fonda de Europa, pensando volver con *Madame*.

Encontré mi carruaje en Fusina: sacáronlo de una antigua cochera, como una alhaja del guardamuebles de la corona. Abandoné la ribera, que tal vez toma su nombre del tridente del rey del mar: *Fuscina*.

Cuando llegué á Padua dije al postillon: «Camino de Ferrara.» Lindisimo es este camino hasta Monselice: colinas de extremada elegancia, verjeles de higueras, moreras y sauces formados de viñas, pra-

(1) Véase lo dicho al hablar de la prision de Silvio Pellico.

deras alegres, castillos ruinosos. Pasé delante del Catajo, todo adornado de soldados: el abate Lenglet, hombre muy erudito, ha confundido este edificio con la China. El Catajo no es el Catai de Angélica, sino una posesion del duque de Módena. Me encontré de manos á boca con S. A., que se dignaba pasear á pié por el camino real. Este duque es un vástago de la raza de los príncipes inventados por Maquiavelo: tiene la altivez de no reconocer á Luis Felipe.

La aldea de Arqua ostenta el sepulcro del Petrarca, celebrado con el sitio por lord Byron:

«Che fai, che pensi? che pur dietro guardi?  
Nel tempo, che tornar non pote omái,  
Anima sconsolata?»

«¿Qué haces, qué piensas? ¿Por qué miras atrás á un tiempo que no puede volver jamás, alma desconsolada?»

Todo este país, en un diámetro de cuarenta leguas, es el suelo indígena de los escritores y de los poetas: Tito Livio, Virgilio, Cátulo, Ariosto, Guarini, los Strozzi, los tres Bentivoglio, Bembo, Bartoli, Bojardo, Pindemonte, Varano, Monti y otros muchos hombres célebres han nacido en esta tierra de las musas. El mismo Tasso era bergamesco de origen. De los últimos poetas italianos no he visto mas que á uno de los dos Pindemonte. No he conocido á Cesarotti ni á Monti: hubiera tenido un placer en encontrar á Pellico y á Manzoni, destellos de despedida de la gloria italiana. Los montes Eugáneos, que iba yo cruzando, se doraban con el aire del Poniente, con una agradable variedad de formas y una gran pureza de líneas: uno de esos montes se asemejaba á la pirámide principal de Saccarah cuando se destaca al sol Poniente sobre el horizonte de la Libia.

Continué de noche mi viaje por Rovigo: una capa de niebla cubria la tierra. No vi el Po sino por el paso de Lagoscuro. El carruaje se detuvo, y el postillon llamó á la barca con su trompa. El silencio era completo: únicamente al otro lado del rio respondian con un triple eco al sonido de la trompa el ahullido de un perro y las cascadas lejanas: preludio del imperio eliseo del Tasso, en donde íbamos á entrar.

El roce sobre el agua, á través de la niebla y de las sombras, anunció á la barca, que se deslizaba á lo largo de la cuerda, sostenida sobre barcos anclados. Entre cuatro y cinco de la mañana llegué el 16 á Ferrara, y me apeé en la fonda de las Tres Coronas, en donde aguardaban á *Madame*.

Miércoles 17.

S. A. R. no habia llegado aun, y de consiguiente me fuí á visitar la iglesia de San Pablo: no vi en ella mas que sepulcros: por lo demás, ni un alma, á excepcion de las de algunos muertos y de la mia, que ya no vive. En el testero del coro pendia un cuadro del Guerchin.

La catedral es engañosa: vése una portada y costados, en que hay incrustados bajo-relieves de asuntos sagrados y profanos. Sobre ese exterior dominan todavía otros adornos, colocados comunmente en el interior de los edificios góticos, como junquillos, modillones árabes, artesonados de aureola, galerías de columnitas, de ojivas, de hojas situadas en los huecos de las paredes. Entra uno, y se queda asombrado á la vista de una iglesia nueva, de bóvedas esféricas, de macizos pilares. Algo de esas aberraciones existe en Francia en lo físico y en lo moral: en nuestros antiguos castillos se hacen gabinetes modernos; una porcion de nidos de ratones, alcobas y guarda-ropas. Penétrese en el alma de una porcion de esos hombres

lentos de nombres históricos; ¿y qué se hallará en ellos? Inclinaciones de antecámara.

Apesadumbróme el aspecto de aquella catedral, que parecia haber sido vuelta como una casaca: mujer del tiempo de Luis XV, disfrazada de castellana del siglo XII.

Ferrara, tan agitada en otro tiempo con sus mujeres, sus placeres y sus poetas, está casi deshabitada: donde las calles son anchas, están desiertas, y podrían pastar en ellas rebaños. Las casas ruinosas no se reaniman, como en Venecia, por la arquitectura, los barcos, el mar y la alegría del sitio. A la puerta de la Romana, tan desgraciada, Ferrara, bajo el yugo de una guarnicion austriaca, tiene el semblante de un proscrito, parece llevar el luto eterno del Tasso, y, próxima á caer, se encorva como una vieja. Por único monumento del día, sale á medias de la tierra un tribunal criminal con prisiones no concluidas. ¿A quién pondrán en esos calabozos recientes? A la jóven Italia. Aquellas cárceles nuevas, coronadas de gruas, y rodeadas de andamios como los palacios de la ciudad de Dido, tocan al antiguo calabozo del cantor de la *Jerusalén*.

EL TASSO.

Ferrara 18 de setiembre de 1853.

Si hay vida que deba hacer desesperar de la felicidad para los hombres de talento, es la del Tasso. El hermoso cielo que miraban sus ojos, al abrirse en la aurora, era un cielo engañoso.

«Mis adversidades, dice, principiaron con mi vida. La cruel fortuna me arrancó de los brazos de mi madre. Me acuerdo de sus besos empapados en lágrimas, de sus oraciones, que se llevaron los vientos. Yo no debía estrechar mas mi rostro contra el suyo. Con paso mal seguro, como Ascanio ó la jóven Camila, seguí á mi padre, errante y proscrito. Crecí en la pobreza y en el destierro.»

Torcuato Tasso perdió en Ostilla á Bernardo Tasso. Torcuato mató á Bernardo como poeta, y le hizo vivir como padre.

Salido Tasso de la oscuridad con la publicacion del *Reinaldo*, fue llamado á Ferrara. Allí se dió á conocer en medio de las fiestas del matrimonio de Alfonso II con la archiduquesa Bárbara. Allí encontró á Leonor, hermana de Alfonso: el amor y el infortunio acabaron de dar á su genio toda su belleza. «Vé, refiere el poeta, pintando en la *Aminia* la primera córte de Ferrara; ví diosas y ninfas encantadoras, sin velo, sin nubes; ¡sentíme inspirado de una nueva virtud, de una divinidad nueva, y canté la guerra y los héroes!...»

El Tasso leia las estancias de la *Gierusalemme*, conforme las iba componiendo, á las hermanas de Alfonso, Lucrecia y Leonor. Enviósele al lado del cardenal Hipólito de Este, establecido en la córte de Francia: empeñó sus vestidos y muebles para hacer ese viaje, mientras que el cardenal, á quien honraba con su presencia, hacia á Carlos IX el fastuoso regalo de cien caballos berberiscos con sus escuderos árabes soberbiamente vestidos. Abandonado primero el Tasso en las caballerizas, fue presentado en seguida al rey poeta, amigo de Ronsard. En una carta que nos ha quedado juzga á los franceses con dureza. Compuso algunos versos de su *Gierusalemme* en una abadía de hombres, en Francia, de que estaba provisto el cardenal Hipólito: Chalis, cerca de Ermenonville, es donde debia meditar y morir J. J. Rousseau: Dante habia pasado también oscuramente en París.

El Tasso volvió á Italia en 1571, y no fue testigo de la jornada de San Bartolomé. Fuese directamente